

EL ESTILO DE LIDERAZGO DE JESÚS

Los discípulos discutían entre ellos acerca de quién sería el mayor, cuando Jesús estableciera Su reino (Marcos 9.33–34; Lucas 22.24). Cada uno deseaba un lugar de privilegio al lado de Él. Los hijos de Zebedeo incluso se acercaron a Jesús con la madre de ellos para solicitarle que le concediera a uno el privilegio de sentarse a Su derecha y al otro a Su izquierda (Mateo 20.20–21).

Ellos esperaban que Jesús liderara un golpe de estado que derrocará el gobierno opresivo actual y se convirtiera en el líder incuestionable de la nación judía. Podían imaginarse a sí mismos vestidos con los atuendos caros, propios de los funcionarios importantes. Probablemente anticipaban tener sirvientes que vieran por cada una de sus necesidades y que sus nombres fueran reconocidos en todos los hogares.

La visión que ellos tenían de grandeza personal los enfrentaba en constante competencia por los puestos de liderazgo más deseados del reino. En una ocasión, Jesús les preguntó: «¿Qué disputabais entre vosotros en el camino?» y ellos rehusaron contestar (Marcos 9.33–34). Habían estado discutiendo acerca de quién sería el mayor. Cuando los otros diez escucharon que Jacobo y Juan habían ido con su madre a pedir los mayores puestos, «se enojaron contra los dos hermanos» (Mateo 20.24).

Jesús aprovechó la ocasión para enseñarles a los discípulos una lección difícil de aprender acerca del liderazgo en el reino, diciendo:

Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos (Mateo 20.25–28; vea también Marcos 9.35).

Jesús era especialista en darle vuelta a las cosas. La percepción que tenían los discípulos sobre un gran líder surgía de los modelos de negocio y de gobierno que eran populares en la cultura de ellos. Incluso, en las culturas modernas, estos son los modelos más prominentes de grandeza y

de éxito, sin embargo, tal percepción se opone a la manera en que Dios ha dispuesto el liderazgo en Su reino. Los grandes líderes no son medidos en el reino por la cantidad de personas que les sirven a ellos, sino, por la cantidad de personas a las que ellos sirven. El líder que podría ser considerado el último por las personas, podría ser considerado como el primero por Dios (Mateo 19.30).

Hasta llegada la noche cuando Jesús fue traicionado, los discípulos no habían aprendido todavía las lecciones acerca de los líderes del reino que Jesús había tratado de enseñarles reiteradamente. Juan 13 habla de una historia inusual de cómo Jesús representó lo que anteriormente les había explicado tantas veces. Se habían reunido en preparación para la fiesta de la Pascua. Jesús sabía que Su tiempo con ellos en la tierra estaba por llegar a su fin. Deseaba mostrarles cómo expresa Su amor un líder del reino hacia Sus seguidores. Después de la cena, Jesús se levantó de la mesa, puso a un lado Su manto y se ciñó una toalla alrededor de su cintura. Vertió agua en un tazón y comenzó a lavar los pies de los discípulos.

En esos días, y en esa parte del mundo, la gente usaba sandalias. La costumbre era que cuando la gente entraba en una casa, sus pies eran lavados. «En el caso de la gente común, el anfitrión proveía el agua y los invitados se lavaban sus pies ellos mismos, sin embargo, en la casa de los ricos, el lavamiento lo realizaba un esclavo. Era visto como la más baja de todas las tareas».¹ A veces, los invitados se lavaban los pies unos a otros. Lo que la historia de Juan 13 infiere es que los discípulos no se habían encargado de esa labor, porque aún no había sido revelado quién era el mayor. Tradicionalmente, el menor lavaría los pies del mayor. Todos deseaban ser el mayor y competían entre ellos por puestos de prominencia. Ninguno de ellos deseaba rebajarse tanto como para servirles a los demás hasta que no fuera establecido el orden de importancia. Todos deseaban que alguien más lavara sus pies. Jesús resolvió el problema de quién lavaría los pies de quién.

¹ Daniel Webster Kurtz, «Washing of Feet» (El lavamiento de pies), *The International Standard Bible Encyclopedia*, (Enciclopedia de la Biblia de formato internacional) ed. Geoffrey W. Bromiley (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1957), 5:3072.

Si duda, Jesús era el mayor del aposento. Era el maestro de ellos, su rabino. El protocolo formal judío jamás permitiría que un rabino lavara los pies de sus seguidores. Jesús rompió la tradición para enseñarles a ellos una vez más Su estilo de liderazgo.

En esos días, las mesas de comedor estaban cerca del suelo. Los comensales se recostaban sobre sus costados y apoyaban sus cabezas sobre una de sus manos mientras comían con la otra. Sus pies estaban alejados de la mesa sobre el piso. En esta posición, habría sido fácil para Jesús tener acceso a los pies de Sus discípulos. Primeramente, lavaba los pies de ellos y luego los secaba con la toalla que había ceñido alrededor de Su cintura. Cuando Jesús llegó a Pedro, se enfrentó con una pregunta de protesta. Pedro primero preguntó: «Señor, ¿tú me lavas los pies?». Jesús respondió: «Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después». Luego, con más firmeza, Pedro declaró: «No me lavarás los pies jamás». Jesús le respondió: «Si no te lavare, no tendrás parte conmigo». No queriendo quedar excluido de lo que fuera que Jesús iba a hacer, Pedro cambió de opinión rápidamente y dijo: «Señor, no sólo mis pies, sino también las manos y la cabeza». (Vea Juan 13.6–9.)

Lo anterior no es acerca del lavamiento de pies. Es acerca de servirse unos a otros. Jesús deseaba que Pedro se diera cuenta de que si no le permitía a Él servirle, jamás podría ser parte del reino ni definitivamente un líder en él. Jesús al final sirvió a Pedro, a los demás discípulos y a todo el mundo

al ofrecerse a sí mismo como sacrificio por la deuda de pecado de toda la humanidad. Pedro tenía que aceptar los beneficios del sacrificio y permitir que Jesús le sirviera antes de poder entrar en el reino. Nosotros también tenemos que hacer lo mismo.

Lo que Jesús les enseñó a Sus discípulos acerca del liderazgo sigue siendo una lección difícil de aprender hoy en día, independientemente de la cultura en la que vivamos. La grandeza de Jesús se mide por medio de la forma humilde y desinteresada con la que sirvió a los demás (Filipenses 2.5–11). La grandeza de los líderes del reino (la iglesia) de hoy se mide con el mismo patrón. Los grandes líderes de hoy no son los que son atendidos por una tropa de sirvientes. Tampoco son grandes líderes los que llevan títulos importantes y tienen gente que lleven a cabo cada una de sus órdenes. Los grandes líderes son los humildes siervos cuyo primer propósito en la vida es servir a otros en el nombre y por la causa del siervo líder más grande de todos los tiempos, es decir, Jesucristo.

J. L. May²

² J. L. May vivió en África como misionero y ha viajado a la India, Kenia, Gana, Guyana y a otros países con el propósito de capacitar a predicadores y líderes de iglesias. Antes de retirarse, dirigió Seminarios de Capacitación Bíblica de una semana de duración en conjunto con la Escuela de Misiones de La Verdad Para Hoy. Ha escrito una serie de lecciones sobre la predicación, tituladas «*Preparing the Man and His Message*» (*La Preparación del Hombre y Su Mensaje*).

©Copyright 2007, 2009, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados